

CAPITULO III.

En el qual se tracta el infelice é mal subcesso é desastradas muertes del adelantado don Pedro de Alvarado é doña Beatriz de la Cueva, su muger; é de un grande huracan é terremoto que destruyó la cibdad de Guatimala, en que murieron muchos chripstianos é indios, el año de mill é quinientos é quarenta y uno.

Cosas son de mucha lástima y espanto para los oydos é juicios humanos las diversidades de los nuevos desastres anexas á los pecadores, é aun á los que están en via de salvaçion, que en esta breve é miserable vida padescen los hombres; y parece que á los unos convienen si los casos semejanter los toma en estado de gracia. Pero guay de aquellos que sin ella se hallan engolphados y envueltos en vicios, é desacordados de la certinidad de la muerte, andan é se emplean de todo su coraçon en exerciçios tan peligrosos, cobdiçando señorío y estos bienes é riqueças temporales, sin saber ni querer contentarse con lo que tienen, dando graçias á Dios que se lo ha dado, ni poniendo medida ni término ni sosiego á sus desseos ni obras sanas, ni quieren conoscer el peligro en que andan sus personas é ánimas! Y assi le ha intervenido al adelantado don Pedro de Alvarado, que no hiço sino enhilar é traçar en su mente, é arbitrio cosas de mayor importancia que sus fuerças, é de más posibilidad qué tenia, é con su desasosegado espíritu no se quiso contentar con lo adquirido, estando muy honrado y en parte é gobernaciones que en pocos años é tiempo fuera riquissimo cavallero é señor. Y assi no bien considerando, sacó de sus traças la conclusion qué no sospechaba, no acordándose que puede Dios haçer más de lo que puede entender el intelecto humano, como lo diçe Hilario:

1 Plura potest Deus facere quàm intellectus intelligere.

2 Cire, Cire, sanguinem sitisti, sanguinem bi-

«Más puede Dios haçer quel entendimiento humano entender»¹.

Muy grandes fueron las fuerças é riqueças é soberbia de Siro, rey de Persia, pues como diçe Orosio, desparció el Ganges en quatroçientos y sessenta rios (pequeños), enojado contra aquel poderoso rio, porque se ahogó en él uno de sus criados; pero despues vino á ser muerto por la industria militar de una muger; é sobrepujado de la Reyna de los Masajettas, llamada Tomiri, ella le hiço cortar la cabeça é meterla en una odre ó vasso lleno de sangre, diçiendo como más largamente Justino lo escribe: «Çiro, Çiro, oviste sed de sangre, sangre bebe»².

Alexandro Magno, seyendo tan glorioso vençedor entre los mortales é tan poderoso príncipe, con mucha façilidad, dándole veneno, Casandro le mató³.

Aquel grand Çésar dictador, que tan poderoso fué é que tantos reynos é batallas vençió, preguntad á Plutarco ó á Suetonio qué fin hiço, é deçiros han que Bruto é Casio con otros conjurados le mataron.

Podráse deçir que estos príncipes murieron por manos de otros hombres. Otros innumerables se pueden nombrar que murieron desastradas muertes, sin entender en ellas las humanas asechanças, sino solamente sus desdichadas venturas, assi como Tullio Hostilio, terçero rey de Roma, con toda su familia, fueron heridos de rayo del çielo, y enteramente quema-

be (Lib. I).

3 Quinto Curcio, lib. X y XII.

dos con toda su casa. Nivencis Calva, compañero de Tiberio Graco en Corçega, la qual avia sojuzgado para los romanos, murió súbito de vanagloria, viendo las cartas é honra que por ellas le haçia el Senado¹.

En nuestros tiempos, el príncipe don Alfonso, hijo del rey don Johan, segundo de tal nombre en Portugal, murió de una cayda de un caballo; y mucho antes en Alcalá de Henares, corriendo otro caballo, murió el Rey de Castilla don Johan primero de tal nombre, é la mesma muerte ovo el rey Phelipe de França.

Otros príncipes muchos se podrian traer á consecuençia, que hiçieron desastrados fines; pero ninguno de los que mueren de las maneras ya dichas ni de otras, hallo yo tan culpado como aquel que se mata á sí proprio por sus manos mesmas ó por su mesma industria, assi como Quinto Catulo, que estando condenado á muerte por las disensiones çiviles, se echó en su nueva cama cubierta de cal viva y bien caliente de grand fuego, por se ahogar, y en esso murió². Ó como Cornelio Mérula, que se hiço sangrar en el templo, é murió dexándose salir quanta sangre tenia, como lo escribe Valerio: el qual auctor diçe assimesmo que Gayo Licinio Maçer se ahogó con una toca, porque sus bienes no fuessen vendidos, puesto qué fuesse condenado á muerte, porque assi era la costumbre entre los rómicos. Ó como aquel espejo vil é maldito exemplo de crueldades Neron, que se mató él mesmo³, ó como se mató aquel alabado y exçelente capitan de los cartagineses, Anibal, que de su voluntad tomó ponçoña, por no se ver en poder de sus enemigos los rómicos⁴.

Dexemos las historias antiguas, pues

1 Valerio Máximo, lib. IX.

2 Id., id.

3 Suetonio, in vitá Neronis.

4 Plutarco, in vitá Annibalis.

TOMO IV.

en esta que tenemos en la mano destas Indias hay harto que ver é considerar de las malas muertes destes capitanes é gobernadores, y en espeçial adelantados. Y porque el lector podrá, si quiere, ser informado de todo ello, no es menester nombrarlos aqui, pues de cada uno hay particular historia. De lo qual viene muy á propósito lo que diçe Séneca de la soberbia alegría destes, quel vulgo é los hombres reputan ó estiman por felices, que assaz vezes ó las más es fingida gloria ó estado que representan con su jactancia⁵.

Á mi ver, este título de adelantamiento en estas Indias açiago es, pues vemos en muchos adelantados que con tal dignidad se ha mostrado claramente la mesma desventura de sus malos fines, unos ahogados en la mar, otros muertos á trayçion, é otros de diverssas é crudas muertes, andando trás estas riqueças, que tantos siglos estovieron escondidas á los chripstianos, é por su mal de los más que las han buscado, se hallaron. ¡Oh glorioso vasso de eleçion! de cuánto valor é sancta doctrina son, é quán çiertas tus palabras, diçiendo: «¡Oh alteça de las riqueças de la sapiençia y sciencia de Dios, cuánto son incomprendibles sus juicios é investigables sus vias!»

Vengamos á nuestro mal afortunado adelantado don Pedro de Alvarado, que seyendo un pobre soldado, puesto que de noble sangre cavallero militar del hábito de Sanctiago, con una espada é una capa passó mançoño á estas partes á buscar la vida, como suelen haçer los hidalgos é hombres de honra; é con su buena diligencia é gentil habilidad é valiente osadia, le avia dado Dios el estado que bien mereçido é servido tenia. Y en la

5 Horum, quos felices putas, hilaritas ficta est.

6 O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei, quam incomprehensibilia sunt judicium ejus et investigabiles viæ ejus (S. Pablo, Ad Romanos, cap. XI).

verdad era uno de los que bien é mucho avian trabaxado en estas partes como perfetto é osado milite (dado que se mostró crudo algunas veces, como lo oy testificar á muchos de los que se hallaron en la conquista de la Nueva España). Pero ya que estaba en señorío é mando de tierras tan ricas, raçon fuera que sosegara, grangeando é gobernando aquello que tenia á cargo, sin embaraçarse entretexiendo tantas cosas. El caso es que segund hiço la urdimbre, assi acabó la tela.

En este tractado se haçe memoria del armada que quiso enviar en demanda de aquel su descubrimiento: é puesto por obra, como se dixo en el capitulo de susso, desde á algunos dias ciertos navios de aquella su flota arribaron por tiempos forçosos, é con nesçessidad volvieron á la costa; é como hombre que le dolia, fué allá en persona para los proveer é haçer que volviessen en seguimiento de su viaje. Y estando en Tegoantepeque, tuvo noticia el visorey de la Nueva España don Antonio de Mendoça, que se avia rebelado la provincia de Xalisco (que agora se llama la Nueva Galicia) é como el adelantado estaba no muy léxos de allí, é se hallaba en la costa austral, escribióle rogándole que pues allá estaba, é porque en ello serviria mucho al Emperador, nuestro señor, fuesse á aquella provincia é tuviesse forma cómo aquel caçique é gente rebelada se reduxessen á servicio de Sus Magestad é les hiçiesse la guerra, si no quisiessen la paz. Y el adelantado, poniéndolo assi por obra, fué con gente la que pudo antes allegar para esto, é con los amigos é criados que con él se hallaron: é llegó á una sierra do estaban los indios alçados é muy fuertes, é despues que por ningun conçierto ni partido quisieron venir á la obediencia, acordó de tentar la via de las armas, y determinóse de subir con su gente á un peñon aspe-

ríssimo, donde los indios estaban, é repartió sus soldados para que subiesen arriba por diverssas partes de aquel monte á combatir los contrarios. Y como algunos de los chripstianos yban por aquellas cumbres é riscos por donde mejor les paresçia, é más altos quel adelantado, é de peña en peña, é todo fragossísimo é angosto, quiso su ventura que de los superiores se despeñó un caballo de los que subian á la sierra, é vino con grand ímpetu rodando hácia donde el adelantado yba prosiguiendo una ladera más baxo. É cómo lo vido venir, figurósele que tenia más peligro, estando á caballo, é apeóse presto pensando que se podria mejor desviar del caballo que venia; y fué peor, porque el caballo que venia de lo alto, topó con él é no con su caballo, é arrebatólo, é llevándolo antecogido, le hiço despeñar, y donde paró quedó ya tan mal tractado, que le costó la vida. Mas plugo á Dios que tuvo lugar de se confesar é haçer testamento, é resçibió los sanctísimos sacramentos: é desde allí fué llevado á Xalisco, donde dió el ánima á Dios desde á ocho dias despues que allí llegó. Haya Jesu Cripsto piedad dél, pues ques de los del presçio de su sangre, por quien se puso en el árbol de la cruz!

Llegada la nueva de su muerte del adelantado á Guatimala, donde su muger doña Beatriz de la Cueva estaba, é no con más ventura que su marido, ella hiço el sentimiento que suelen haçer las buenas é generosas mugeres sus semejantes, é aun exçediendo en desatinadas palabras que con el extremado dolor dixo, como lastimada é fuera de sentido. Y como Dios es misericordioso, no se debe sospechar que miraria en su flaqueça é vanas palabras para lo que se siguió despues: ques caso muy notable en estas partes, nunca otro tan espantable hasta este visto por los chripstianos ni aun por los indios, segund ellos diçen; é fué assi.

Dos horas ó tres, poco más ó menos, despues que anochesçió, á los diez dias del mes de septiembre de mill é quinientos é quarenta y un años, aviendo aquel año seydo de muchas aguas, cargaron mucho más las lluvias (quando subçedió lo que agora se dirá) tres dias á reo sin çessar momento, jueves, viernes é sábado; y en este sábado á la hora ques dicho súbitamente vino grandíssima tormenta de agua, que reventó ó salió de lo alto de un monte semejante á Mongibel ó Vulcano que allí hay, en las haldas del qual está aquella cibdad de Guatimala; y fué tan açelerado este huracan ó tormenta, que no ovo lugar, algun socorro ni remedio para excusar las muertes é daños que intervinieron. Traia esta tempestad é agua consigo muchas é grandísimas piedras é muy grandes árboles é maderas que arrincó de donde estaban nascidos, que los hombres que lo vieron quedaron atónitos y espantados: é assi entró esta mala fortuna por la casa del adelantado, é llevó las paredes é texados é terrados más de un tiro de ballesta. Estaba la desdichada doña Beatriz de la Cueva ya acostada en su cama, contemplando en la pérdida é viudez suya, ó por ventura durmiendo, quando llegó su muerte; mas por no exçeder de la relacion é términos con que lo escribió quien se halló presente, diré lo que ley desto.

Un frayle, comendador de Sanctiago, capellan del adelantado, é otro clérigo, capellan de doña Beatriz, estaban en esa hora en una cámara, que acababan de decir maytines, é se querian yr á dormir, y entró el agua de golpe (que la piedra aun no avia llegado), é levantólos en alto, y ellos estovieron desatinados é quedaron quassi sin sentidos por la súbita agua é tempestad no pensada: é llegáronse á una ventanilla pequeña, que estaba abierta é un estado alta del suelo, é por allí salieron á su pessar, porque por

la puerta era impossible por el grand golpe de agua: é aquella los echó grand trecho de allí en la plaça, é quiso Dios que como estaba çerca la casa del obispo, fueron socorridos, aunque con mucho trabaxo, estos dos saçerдotes.

Paresçerles há á algunos quel historiador con menos palabras pudiera decir el número de los muertos, sin los nombrar é passar adelante, é assi es la verdad; pero no me dexó mi consciencia haçerlo assi, porque acaesçe que muchos destes pecadores españoles, que por acá andan en estos é otros muchos peligros, son esperados en sus patrias, estando muertos, é ques mejor decir quién son é desengañar á los que los atienden, para que hagan bien por sus ánimas, é quiten su esperanza dellos é la pongan en Dios.

Tornando á la historia, es de saber que cómo en la casa del adelantado no avia quedado hombre alguno, que la tormenta los avia echado fuera quassi muertos, hallóse aquella desdichada señora su muger, con algunas de sus donçellas y criadas: é como oyó el ruydo espantoso, y el agua llegaba á su recámara, donde dormia, levantóse con mucha turbacion de la cama en camisa, cubriéndose con una colcha delgada que sobre sí tenia, dando voçes á sus mugeres para las recoger consigo. Y entróse con ellas en una capilla, donde acostumbraba oyr missa, é cresçiendo el agua é andando en ella hasta la çinta ó más, se subió sobre el altar, encomendándose á Dios, Nuestro Señor, é llamándole é á su gloriosa Madre la Virgen Sancta Maria; é con muchas lágrimas, abraçándose con un crucifixo que estaba en el altar, é teniendo á par de sí una niña hija del adelantado, llegó la tormenta de la piedra á dar derechamente en la capilla con tan grandísimo ímpetu, que del primero golpe cayó la pared é tomólas á todas debaxo, donde juntas dieron las ánimas á su Criador,